A la Luz de Eva

Un atisbo de lucidez aguarda a quien vela prolongadamente: la conciencia se ilumina sólo tras enfrentar las sombras. Y cuando se conoce la claridad, se hace imperioso compartirla, despabilando a brochazos y pinceladas a nuestros hermanos, éstos que se acercan con escepticismo apresurado. Tal es la misión de todo artista: estremecer el espíritu con el esplendor de algunas formas. Y las obras de Eva esplenden, ahítas de una luz contagiosa, capaz de trocar en vida todo cuanto era obscuridad. Vemos ciudades y templos, tránsitos de la opacidad al resplandor, insinuaciones de estructuras, caprichos juguetones, arabescos brillantes, potencia lumínica transfigurada en movimiento y, sobre todo, ritmo: ritmo incansable, incesante, ágil y travieso. Ritmo que es plétora, alegría, vuelo y latido. Ritmo de vaivén, de risa, de exuberancia contagiosa, de invitación gozosa a compartir el juego de eliminar barreras. Eva conoce el secreto y en sus obras lo comparte: vivir es colorear el mundo, latir es imponer ritmo a los colores. Y con ritmo, color y latido, agradecemos tanta luz, tanta vida, tanto de Eva.

Mariano Muñoz-Hidalgo

Cronopio Mayor